

los géneros, y con ella, la misma evolución del arte. Tal vez por adoptar ese criterio estrecho y por sujetarse demasiado a un modelo preconcebido peca Dostoiewsky por exceso de intriga, comunicándole un carácter folletinesco, que hace desmerecer a esta su obra, en otros aspectos tan profunda. Marcel Proust, libre de teorías, se ajustó a su verdad interior, a la que requería su obra original, que se nos impone con el sello de un trabajo de carácter histórico.

Pero no hay por qué entrar a discutir con pequeñez los medios de expresión de que se valieran ambos escritores, ya que con sus diferentes maneras nos han dejado el retrato fiel de dos razas dentro de una misma época: la de Francia de antes de la gran guerra, y la de Rusia prebolchevique; momentos memorables en la vida de la civilización, pues marcan el fin de un aspecto social en el mundo, para cuyo estudio no podrá prescindir, la sociología, de Dostoiewsky ni de Marcel Proust.—M A G D A L E N A P E T I T

TENDENCIA EN LA LITERATURA

«La humanidad es una abstracción; no hay humanidad; hay solamente hombres».—GOETHE.

ADMITIMOS la tendencia, es decir la finalidad determinada, en el escritor como individuo; la hallamos falsa, y por consiguiente inartística, en el grupo, en la generación, o la suma de individuos que pretenden adoptar un patrón preconcebido para ceñir sus realizaciones.

En otros términos, la tendencia, en el escritor, puede expresar poder creativo; en los escritores, no alcanza a traducirse sino en instintos gregales como ocurre en la literatura rusa contemporánea—Gladkov, Seifulina, Vsevolod Ivanov—que sacrifican su libertad estética para servir al Estado. Lamentable cautiverio del pensamiento por la tendencia política.

La tendencia, cuando va de lo particular a lo general, no pasa de ser una forma de limitación, que desvirtúa el valor primario y veraz de la obra, en beneficio de una *manera* deliberada de sentir y de expresarse que, necesariamente, debiera ser consecuencia y no causa de la emoción artística del escritor. Esta es una verdadera substitución de lo esencial por lo secundario, y refiriéndose a ella Marcel Arland—en la búsqueda de nuevas posi-

bilidades para la novela—afirma que para salvar la crisis del relato, es imperioso abandonar esa senda extraviada que impone una función al arte. Digamos, por ejemplo, esa manida «función social del arte», que ahoga el «yo», fuente sempiterna de literaturas, en servicio del mito-humanidad.

La filosofía actual—historicista por excelencia—nos señala el camino; debemos ser relativistas, sin incurrir en las debilidades del eclecticismo. Cada cual en lo suyo, en su propia verdad, en el universo real de su pensamiento, en armonía con su tendencia, no con las aspiraciones de los otros.

Goethe decía que la humanidad es una abstracción, que no hay humanidad; que hay, solamente, hombres. En posición equidistante, la novísima literatura social-estética, se apoya en esa imaginaria humanidad para ocultar al hombre. Reniega del individuo para creer en la masa, porque el hombre ha perdido la fe y se entrega a la técnica, a las máquinas, a la colectivización de todas las fuentes productoras, donde incluye también—fatal error—a los que escriben.

Y, sin embargo, es necesario, tener el valor suficiente para sostener que el escritor cumple una misión heroica más allá de lo colectivo, por encima del pseudo-imperativo social, siendo austero e inflexible consigo mismo y con su arte. Crear lo que se quiere crear; no lo que los otros, la moda o la tiranía política y económica pretenden imponer.

Para transvasar lo humano al libro, es necesario que el escritor se despoje de todo instinto gregario, poniendo la encendida fe de su amor al universo y a los personajes que crea, por encima de la oposición que le ofrezca al mundo real en que habita. Por ello es más interesante el «Vol de Nuit» de Saint-Exupéry, (obra maestra de la narración breve que expresa una nueva modalidad de la vida, la tragedia de los hombres que vuelan en la noche) que cincuenta novelas de literatura socialista, recargadas de enseñanzas éticas, donde se pretende reducir la maravilla del universo individual a la horrible monotonía del mundo y los problemas colectivos.

Ello no importa desconocer el alto valor de lo multitudinario como temario estético; Walt Whitman, en la poesía, lo confirma certeramente, mas no olvidemos que el norteamericano era, ante todo, un gran espíritu místico, que buscaba la interpretación del ser en relación a la vida universal.

Deplorablemente desequilibrada, la literatura actual es también gregaria al ahondar en lo subjetivo. No se trabaja con lo humano, sino a merced de lo subhumano, de los estratos últimos de la conciencia. El psico-análisis, ciencia de sabios y espe-

cialistas, deviene en novedad y tontería en manos de los noveladores contemporáneos, empíricos profesionales que se consideran fundadores de una nueva escuela: el *psicologismo*.

¿Hay una salida a esta oclocracia espiritual que nos anega? Indudablemente que sí. Debemos rechazar la tendencia en la novela, en el cuento, en la poesía, en cualquier género literario; justificarla, solamente, en el escritor, como vivencia exclusivamente suya, afirmando la particularidad de una sola obra, de un solo espíritu.

Será necesario, además, poseer la honradez y la energía suficientes para construir por encima de toda influencia ajena, extrayendo experiencias del propio universo mental. Sin entregarse jamás al mundo; antes bien: obligando al mundo y a los hombres a que nos proporcionen los materiales necesarios para trabajar la armoniosa y vibrante nervatura del relato.

A esto se podría llamar la inmersión del escritor en su verdad. O, en otras palabras, la afirmación del hombre sobre la masa; actitud cardinal para salvar la literatura del porvenir.—FERNANDO DÍEZ DE MEDINA.

La Paz (Bolivia) 1933.

CONSIDERACIONES SOBRE EL TEATRO CHILENO

BREVE SÍNTESIS DE LA PRODUCCIÓN

NO tengo la más remota idea de hacer una crónica minuciosa del teatro chileno; pues sería un trabajo largo y sin importancia actual; yo quiero estudiar las causas que han borrado del ambiente, casi por completo nuestro teatro, y dar una noticia, de lo mejor que se haya hecho a mi juicio en la materia.

Creo que podré callar aquello de la *juventud* de Chile, que se invoca siempre que se quiere justificar algún anacronismo, deficiencia, o traspiés notable en cualesquier orden de cosas. ¡Y son tantos los errores de Chile, que me lo imagino, dentro de ese sentido, en la infancia!

Una norma elemental dice que el teatro debe sintetizar la época en que es escrito. Según ese concepto proverbial, nosotros deberíamos tener teatro que pintara la Colonia o los acci-